

Juésves 7 de marzo, 1839.

EL PANORAMA,

PERIÓDICO DE MORAL, LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS.

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO.—Perspectiva teatral.—La apuesta de Prometeo: (conclusion.)—Poesía: El incendio.—Apuntes sobre la excesiva locuacidad.—El Cedro de los Mártires.—Biografía de Schiller.—Antigüedades de Madrid.—Tipos originales: El Casero antiguo.—Ramillete.

PERSPECTIVA TEATRAL.

PANTEON DUCAL en la ESTRELLA DE ORO, drama de majia ejecutado en el teatro del Principe.

El público que aplaudió con entusiasmo la atrevida decoracion que representa el templo de Vesta, estrenada el año pasado en el teatro de la Cruz, y reproducida en estampa poco despues en nuestro PANORAMA, acudió en tropel á admirar también las obras con que el pintor Don Francisco Lucini ha adornado el drama de majia, *la Estrella de oro*. Comprometido de antemano este distinguido artista por las muestras de habilidad ya dadas, no podia ménos de presentar en su beneficio algo que llamase particularmente la atencion en una arena donde otra comedia de tramoya había conseguido poco ántes numerosos triunfos. La lucha era arriesgada, no como lucha de mérito y de arte, sino porque el Sr. Lucini venia des-

pues de otro pintor aplaudido, teniendo la desventaja de no contar con la primera impresion, y viéndose por lo mismo obligado á huir de las reminiscencias y á recurrir á medios extraordinarios para sostener dignamente su bien sentada reputacion artística. Hasta qué punto ha sabido conseguirlo lo dicen veinte y dos representaciones no interrumpidas y los justos elogios de los inteligentes. Pero lo que particularmente ha cautivado la atencion de estos y la admiracion de todos los espectadores por su brillante efecto, proporciones, lujo de adorno y combinacion de las luces, es la complicada perspectiva que en el tercer acto del drama representa un panteon ducal de gótica arquitectura, cuyo primer término se figura iluminado por la luz artificial de una lámpara, mientras el segundo lo está por la natural de la luna. Escrita teníamos una minuciosa descripcion de esta decoracion; mas pareciéndonos fria é insuficiente para dar cabal idea de la obra, hemos determinado no publicarla, prefiriendo pedir á nuestro amigo el Sr. Lucini el favor de propor-

razonarnos un dibujo exacto de ella que es el que grabado por el Sr. Castelló, ofrecemos á los lectores del PANORAMA. Debemos confesar en honor de la verdad que la modestia, tan grande como el mérito del aplaudido pintor, se resistía á esta publicacion; pero nuestra importunidad ha vencido. Reciban, pues, nuestros amables suscriptores esta señal del deseo que nos anima de dar toda la posible publicidad á las obras que la merecen; y hágannos la justicia de creer que si el homenaje tributado al verdadero artista no es tan alto como su genio reclama, consiste en que los medios de publicacion con que contamos no alcanzan hasta donde nuestra voluntad.

LA APUESTA DE PROMETEO.

(Conclusion.)

Aceptó Momo el convite, y despues de haberse convenido acerca de la apuesta, salieron incontinenti para la tierra las dos deidades, dirigiendo su derrota al Nuevo-Mundo, el cual, por su nombre y por no haber sido hasta entónces hollado por inmortal pié, excitaba mas su curiosidad. Tomaron tierra en el país de Popayan, situado no lejos del rio Cauca, en la parte septentrional, donde se presentaban abundantes señales de habitaciones humanas: vestijios de cultivo en el campo, senderos medio trillados, árboles cortados y tendidos en el suelo, unas cosas, en fin, que parecían sepulturas y aqui y allí algunas ornamentas humanas. Sin embargo los dos habitadores del cielo se deshacian tendiendo en derredor ojos y oidos, y ni

una sola voz humana percibían, ni podían atisbar siquiera la sombra de un humano viviente. Ahora caminando, ahora volando, corrieron un espacio de muchas millas, salvando montes y rios y hallando en todas partes los mismos vestijios y la misma soledad.—Cómo están hoy desiertos, decía Momo á Prometeo, estos países que ofrecen sin embargo manifiestas huellas de habitacion! —Prometeo alegaba las inundaciones del mar, los temblores de tierra, las tempestades, los aluviones, las lluvias tan frecuentes en los climas calientes. Y en efecto, mientras iba hablando, soplabá el viento en los vecinos bosques y se desprendian gruesas gotas de los árboles cargados de lluvia. Pero Momo no acababa de comprender como aquella parte de la tierra podía estar expuesta á las inundaciones del mar, hallándose tan apartada de él que por ninguna parte se descubría; y lo que de ningún modo cabía en su majin era que habiendo destruido los terremotos, las tempestades y los aguaceros á los hombres de aquella rejion, dejáron vivos á los jaguares, á los monos, á las águilas, á los papagayos y á tantos otros animales que se solazaban en aquellas selvas. Por último, al bajar á un inmenso valle, descubrieron un como montoncito de casas ó cabañas de maderas, cubiertas de hojas de palma y rodada cada una de un vallado en forma de empalizada. Delante de una de estas cabañas y al rededor de una olla de barro que hervía en un gran fuego, había una porcion de personas, unas de pié y otras sentadas.

Los dos habitantes del cielo se acercaron á aquella jente, revestidos con la humana forma. Saluda Prometeo cortesmente á toda la reunion y encarándose con el que parecia jefe, le preguntó qué era lo que estaban allí haciendo.— El Salvaje: Estamos comiendo, ya lo veis.—P. Y qué manjares son esos?— El S. Un poco de

carne.—P. De animal doméstico, ó silvestre?—El S. De animal doméstico, pues es la de mi hijo.—P. Has echado al mundo algun toro como Pasifae?—El S. Un toro? No tal: un hombre como los demas.—P. Hablas de veras? estás comiendo tu propia carne?—El S. No como mi propia carne, sino la de mi hijo; para esto lo he enjendrado y he cuidado de alimentarlo.—P. Cómo? para comerlo?—El S. Eso te admira? He ahí á su madre: ya no sirve para dar mas hijos, y no tardaré en comérmela.—Mom. Del mismo modo se come la gallina despues de sorber los huevos.—El S. Lo mismo haré con las demas mujeres que mantengo, cuando se hallen en igual caso. Y ni esos esclavos que veis ahí vivirían, si no produjesen de cuando en cuando hijos para mi alimento.—P. Dime: son esos esclavos de esta nacion?—El S. No: son extranje-ros.—P. Y está muy lejos su tierra?—El S. Tan lejos que un arroyuelo separa su habitacion de las nuestras.—Y señalando con el dedo una colina, añadió: Allí estaban; pero las hemos destruido.

Prometeo reparaba en tanto que el mayor número de los salvajes le dirijía aquellas cariñosas miradas que dirije el gato al raton; y bñíticamente echó á volar para que no le comiesen sus propias criaturas: Momo le siguió al momento.

Poco satisfecho del Nuevo-Mundo, se dirijió Prometeo hacia el Asia, y despues de salvar de un vuelo el intervalo que separa las nuevas Indias de las Indias antiguas, echáron pié á tierra los viajeros cerca de Agra, en un campo cubierto de inmensa machedumbre reunida al rededor de un hoyo enorme atestado de leña. Á un lado de aquella pira se veian algunas personas con antorchas encendidas y dispuestas á pegarle fuego; á la parte opuesta, en un estrado, habia una jóven magníficamente vestida y cubierta de adornos

de un lujo bárbaro, que por su haile y sus gritos manifestaba la mayor alegría.

Creyó Prometeo ver una segunda Lucrecia, otra Virginia, alguna rival de Ifigenia, de Curcio ó de Decio, que bajo la fé de un oráculo se sacrificaba voluntariamente por su patria. Pero al saber que la muerte del marido causaba el sacrificio de aquella mujer, imaginó que, nueva Alceste, daba su vida por rescatar la de su esposo; llegó por último á su noticia que se quemaba dulcemente por conformarse al uso de las viudas de su pais: que siempre había aborrecido á su esposo, que estaba entregada al vicio de la bebida, y que el muerto, si resucitaba, sería achicharrado en la misma hoguera. Apartando los ojos de tan repugnante espectáculo, voló Prometeo hacia Europa, y en el camino le dijo su compañero.

Mom.— Cuando te atreviste á robar el fuego del cielo para comunicárselo á los hombres, pensabas que lo usarían unos para cocer en calderos á sus semejantes, y otros para quemarse vivos?

Pro.— No, ciertamente, pero considera, mi querido Momo, que los que hasta ahora hemos visto eran salvajes; y no por los salvajes, sino por los hombres civilizados, hemos de juzgar la naturaleza humana. Persuadido estoy de que lo que entre ellos vamos á ver y oir, merecerá, no digo simple alabanza, sino profunda admiracion.

En esto las dos divinidades se hallaban encima de la ciudad de Londres. Bajáron, y viendo una turba considerable que se agolpaba á la puerta de una casa particular, se mezcláron á dicha turba y entráron en la casa: un hombre, berido en el pecho y ya muerto, estaba tendido en la cama, con una carta en la boca; á su lado se veian dos niños tambien exánimes: en la habitacion habia tres jueces, que

asistidos de un escribano, interrogaban á las jentes de la casa.

— Prometeo: Quiénes son esos desgraciados? — Un criado: Mi amo y sus hijos. — P. Quién les ha dado muerte? — C. Mi amo. — P. Es decir que se ha asesinado y también á sus hijos? — Exactamente. — P. Sin duda le habrá sucedido alguna gran desgracia. — C. Ninguna que yo sepa. — P. Pero tal vez la pobreza, el desprecio de sus semejantes, una pasión infeliz... — C. Al contrario, era muy rico, todo el mundo le estimaba, no tenía amores y gozaba del favor del príncipe. — P. Cuál es pues la causa de su desesperación? — C. El fastidio de la vida, según nos dice en su carta. — P. Y qué hacen esos majistrados? — C. Una sumaria para saber si mi amo estaba tocado de locura, porque en el caso contrario la ley da sus bienes al Estado. — P. Pero dime: no tenía algún pariente, algún amigo á quien confiar esos dos niños, en lugar de matarlos de ese modo? — Si tal: y sobre todo un amigo muy íntimo á quien ha recomendado su perro.

Momo dió á Prometeo el parabien por los pasmosos efectos de la civilización y por los placeres con que embellece nuestra vida: iba á añadir otra porción de enhorabuenas; pero Prometeo atajó su discurso, y sin acordarse de las otras dos partes del mundo que quedáron sin examen, pagó la apuesta.

FRAGMENTOS

DEL ÚLTIMO CANTO DEL CERCO DE NUMANCIA.

EL INCENDIO.

«En esta plaza, aquí, *Megara* exclama,
enciéndase fatídica una hoguera,

de independencia lúcida proclama,
de libertad magnífica bandera!
y al regar las estrellas con su llama,
si el águila de Roma por la esfera
mide orgullosa las empires salas,
arriente quemará sus rojas alas.»

«Aeda en sus llamas el laurel sagrado
que soñaba *Scipion* que ceñiría,
y el hierro fundiré que preparado
la opresora del mundo nos tenía;
¡Dulce es morir bajo un dosel dorado
ardiente como el Sol de medio-día!
Corre á la hoguera, pueblo victorioso!
Qué tumulto tan lúcido y glorioso!!»

Poco despues flotantes llamaradas
como nubes de fuego el aire encienden;
ya lánguidas rozobran desmayadas,
ya en columnas de luz raudas ascienden.

El triste anciano de vigor ajeno
la tarda planta mueve, no segura,
y de ardor por la patria el pecho lleno
á la tumba conan llegar procura;
trémulo, y sin latir caduco el seno
cayó, y midiendo allí su sepultura,
con fiasco aliento grita y ansia fiera

«¿Quién al borde me arastra de esa hoguera?»

—Uno allí «¿Ves que antorchas peregrinas?»
á una virgen gritó de amor transido,
«Para nosotros, bella Numantina,
esa tea nupcial hoy se ha encendido.
Para unirnos, tiernísima heroína,
la patria aguese altar nos ha erijido.
¡Ara que arder como mi amor contemplo!
Qué ardiente union en tan ardiente templo!!»

«Ese monstruo de fuego que altanero
la creacion del universo nombra,
hecho será de nuestro amor primero,
do un ardiente dosel nos hará sombra!
Sarcófago voraz do un pueblo entero
golfos de sangre huella por alfombra!
Muramos como reyes, ven, si me amas,
bajo un trono hermosísimo de llamas!!»

La impele, y se esparce su cabellera
 cual los rayos de luz que el sol envía,
 y blonda cual la llama de la hoguera
 que en la espalda del Duero se tendía;
 "Amor y libertad!" exclama fieta,
 y el fuego en torno susurrando hervía.
 — ¡Que ofrendas, patria, con brillante fausto
 te quemó un pueblo libre en holocausto!!

La hoguera en tanto fúljida, esplendente,
 su llama ondea en su flotante ascenso,
 fluye y rebuye alternativamente
 cual de la mar el rebullir inmenso;
 nubes de sangre evaporaba ardiente;
 de los altares de la patria incienso.
 Pira hermosa, que enorme, incircunscrita,
 sobre mares de púrpura se ajita.

Magnífico volcan que turbulento
 abotta en infinita muchedumbre
 globos de humo, que denso, obscuro,
 inunda impuro la celeste cumbre;
 traza un fétido y negro firmamento
 sobre un golfo clarísimo de lumbre,
 tan opuestos los dos, que parecía
 que flotaba una noche sobre un día.

Mira, Scipion, las palmas de tu gloria
 ya marchitas arder en esa hoguera,
 que con lumbreosa, ardiente vanagloria,
 al Sol mismo abrasar quiere en su esfera;
 tan solo con cenizas tu victoria
 podrás probar á Roma la altanera,
 y el leve triunfo al demostrar contento...
 ¡guay no lo esparza revoltoso el viento!!!

RAMON CAMPOAMOR.

APUNTES

SOBRE LA EXCESIVA LOCUAECIDAD.

La conversacion es como una sociedad mercantil: cada uno debe poner en ella su capital y ser partícipe del producto.

El que siempre calla es un socio que quiere tener parte en el producto, sin exponer ningún capital.

El que siempre habla es un capitalista que quiere llevarse todos los productos del negocio.

En jeneral, cada uno gusta mas de vender en la conversacion su propia mercadería, que de adquirir la ajena, y en vez de formar cabal idea de los demas, aspira á darla de sí propio.

Ajitados no pocos por el afan de charlar, anhelan tener siempre la palabra sin cederla un punto solo: de ahí hace que hablan de todo, de un libro nuevo despues de haber leído cuatro ó cinco pájinas saltadas, de una máquina sin haber visto mas que un pedazo de ella, de un cuadro porque tuvieron ocasion de admirar el marco; y deciden y sentencian sin instruccion ninguna, semejantes al juez de Aristófanes, que, encerrado por sus padres en un patio, quiso dirimir la disputa de dos perros.

Los inconvenientes á que se expone el que habla demasiado son:

- 1.º El de fatigar sus pulmones.
- 2.º El de verse obligado á repetir las mismas cosas, vicio que produce fastidio en los oyentes, y revela los límites de su talento.
- 3.º El de exponerse á decir desatinos queriendo hablar de cosas que no le son familiares, y á manifestar que ninguna sabe; pues los que saben bien una cosa se abstienen de hablar de las que ignoran.
- 4.º El de ofender á los que quisieran hablar mientras él no calla.
- 5.º El de hacer á los demas mucho mas severos al juzgarle.
- 6.º El de estorbar la difusion de ideas mejores que las suyas.
- 7.º El de descubrir tal vez, por dar pábulo á su discurso, los secretos ajenos; haciéndose así indigno de ellos y pri-

vándose de la confianza de sus amigos.

8.º El de olvidar muchas veces las reglas del decoro, el carácter de las personas con quienes habla, el lugar en que se halla, la situación de los ánimos. &c. Para cautivar exclusivamente la atención, se pone de pié, jesticula muchísimo con manos y cabeza; y si se atreve cualquiera, no digo á poner en duda su infalibilidad, que sería por cierto una horrible impertinencia, sino á hacerle alguna objeción, le vuelve jentilmente las espaldas, compadeciéndose para su sayo la sencillez del interlocutor, ó le responde como hacia la *Pitía*, que se mostraba furiosa cuando no sabía como dar solución á un problema importante.

Estos habladores sempiternos, cabezas generalmente superficiales, y tal vez privadas de sentido común, afectan saber lo que ignoran, comprender lo que es superior á sus conocimientos, poseer lo que ciertamente les falta. Se trata de una noticia? para ellos es ya añeja; — de una ciencia? la han estudiado; — de un acontecimiento extraordinario? fueron testigos de él; — de un juego? ellos se lo enseñaron á su nieto; y por parecer instruidos, apartan de sí todos los medios de adquirir instrucción.

Siempre sucede que el carro vacío es el que mete más ruido.

RECUERDOS DE GRANADA.

EL CEDRO DE LOS MÁRTIRES.

En una hermosa tarde del mes de febrero se hallaba el sol muy cerca del ocaso, cuando tres jóvenes, ligados con las dulces vínculos de una desinteresada amistad,

identificados en sentimientos y convicciones, honrados los tres y poseídos de una dulce melancolía, caminaban pensativos á buscar un asilo donde desahogar sus angustiados corazones, lamentar las desgracias de su patria y olvidar por algunos momentos el estado de inmoralidad social y la abyección y decaimiento á que ha llegado el activo carácter español. Pintada en sus rostros abatidos la situación de su espíritu, encerrada en su figura de seis lustros una alma de dos siglos de experiencia, subían con paso tardo la empinada cuesta de la calle de los Gomeles. Parábanse á cada punto á contemplar aquellos sitios de deliciosos recuerdos, y avergonzados de pertenecer á la generación contemporánea se transportaban con la imaginación al hermoso siglo XV y miraban con envidia á los que en él pudieron sin rubor dedicarse con noble orgullo á la felicidad de su país. ¡Cuántas veces bajarían por estos lugares los robustos mancebos, compañeros de los Gomeles y de los Laras, domando briosos corceles ornados de ricos jaezes, mostrando con desenfado la banda del tierno objeto de sus amores, alegre el rostro como el rostro de un amador sin crímenes, erguida la cerviz como pueden erguirla los valientes defensoras de su patria, y abrigando en el seno un corazón lleno de esperanzas, de ilusiones, de noble ambición y de civismo. Pero nosotros!... ¿cuál es nuestro destino? Profanar con planta débil estos sitios, sin siquiera dejar la huella impresa en ellos, maldecir en silencio una sociedad escéptica y corrompida, sin creencias ni consuelo, llorar sin fruto las desventuras de una patria desolada y aguardar una muerte obscura, temprana y no mal recibida, porque pondrá término á una existencia llena de tedio y sinsabores...

Mas allá la Alhambra... Ilustre monumento, empario un día de la riqueza y del buen gusto, tú que vives aún para brillar

de la generación presente; tú fuiste testigo de las glorias de nuestra patria: Tus orgullosos señores desde esas elevadas almenas dominaban el mas hermoso de los reinos; ellos hacían al anciano Darro depositar á tus plantas sus preciosas arenas de oro purísimo: ellos vían desde *las torres hermejas* esa vega feracísima, cultivada con esmero, por cuyas venas estudiosamente hendidas distribuían las benéficas destilaciones de la mas elevada de las sierras; ellos eran ricos, fuertes, entendidos... pero eran usurpadores... y España, esta España que hoy yace abatida, sin vigor, sin energía, muerta, era tan poderosa que derrocó la usurpacion con toda su colosal grandeza y sus tesoros, y plantó el pendon de sus victorias y la cruz del Salvador sobre tus torreones orgullosos...

Aquí... aquí doblé (1) la rodilla el último de los tiranos: he aquí el solitario monasterio de los Mártires...

Un religioso sentimiento dominó las almas de los jóvenes, y por aquel instante se olvidáron de su patria, de las pasadas glorias y de las presentes calamidades.

Una alameda de melancólicos cipreses encamina á la entrada del templo, y en medio de ellos al pié de una corta y sencilla gradería, una imájen del Redentor señala el sitio de la contemplacion y el retiro. El edificio es sencillo; ni elegantes columnatas, ni magnifico pórtico, ni elevados y atrevidos arcos, muestran allí la pericia de los hombres; pero la soledad paavorosa, un silencio inspirador, un secreto inexplicable revela el mágico poder de la divinidad. ¡Ó Religión Santa! yo te venero! infeliz del que desconoce tu influjo! ¡infeliz del que se priva del maravilloso bálsa-

mo de tus consuelos!... Estos tres jóvenes que gozan mirándose; y mirando este abandonado templo; estos jóvenes se alimentan con tan placida fruicion. Aquí, dicen, nuestra honradez es inútil; la virtud es hollada, escarnecida, el saber pernicioso; la estupidez y la maldad ejercen sin rüato su tiránica influencia; pero no importa: otra patria nos queda: la patria universal, la patria de la virtud, la patria de todos los buenos y donde no será dado penetrar á ningun malvado á pesar de todas sus arterias y de todo su poder...

La Alhambra termina allí. En una pequeña colina se ostenta robusto el Cedro de los Mártires. Firme y copudo, regularmente elevado, conserva su lozanía, y presenta á los ojos del jóven del siglo décimo nono las ramas que diéron sombra al anciano del décimo sexto.

La luna comenzaba ya á derramar su melancólica luz, y parada tambien sobre la cima del árbol de tres siglos, hacia penetrar sus rayos pálidos por entre las antiquísimas ramas... La poblacion no se vé desde aquel retiro encantador: su ruido hüllcioso se percibe confusamente á lo lejos y mas grato que este se goza el que forma un arroyuelo que besa la planta del exótico ser para entrar luego en un cauce artificial sostenido por una costosa arcada; á su lado por encima de las nubes alza su frente erguida el pico de Mula-Hacem, conservando sobre su cabeza nieve mas antigua que el antiguo Cedro: enfrente las devoradas torres de la Alhambra, que admiráron nuestras glorias, se perciben desmoronadas, como si quisieran sucumbir al peso de la desgracia, para no ser testigos de nuestras rencillas y miserias: en el fondo una llanura matizada de mil verdes distintos, poblada de pequeños árboles que preside el fenómeno de la vejetacion, se mira cortada por mil partes y fecundada por el Darro y el Genil, que

(1) El monasterio de los Mártires está construido en el sitio donde Boabdil ó Abdaláhí entregó á los Reyes católicos las llaves de la Alhambra.

después de haber atravesado por diferentes vados la ciudad, se abrazan y marchan juntos confundiendo sus raudales. Aquí (exclamaron entusiasmados los jóvenes), aquí lejos de los hombres, á gran distancia del orgulloso alcázar, contemplando la encañada cresta de la hermosa Sierra Nevada; aquí es donde únicamente puede gozar un hombre honrado un momento de placer. Á esta elevada colina no llegan los gritos de los partidos, ni el encono de las pasiones, ni la mezquindad de las personales miras... ¡Engañosa ilusión! ¡Cuan pronto te desvaneciste! Sí: este árbol singular, no obstante su religioso origen, (1) sin embargo de haber cobijado con su benéfica sombra á los mas remotos abuelos de los padres de los que viven hoy; este respetable tronco, testigo de tantas glorias y tantas desventuras, va á ser víctima de las preocupaciones del siglo (2) el que ha mirado á su pié por espacio de tres centurias á los sabios viajeros de las mas lejanas rejiones recibiéndole muestras de admiración, no puede obtener de nuestros contemporáneos la conservación de una existencia olvidada en la espalka de un monasterio remoto... ¿Quién dijera á los coetaneos del plantador del Cedro; á los que comenzaron á poner en planta el arte de eternizar el pensamiento; á los que hicieron un imposible la ignorancia y embrutecimiento que sufrió una vez el género humano; á los que dejaron á sus hijos una patria que extendía su imperio por todas las rejiones del mundo conocido y descubrieron otro nuevo para aumentar su herencia; quien les dijera que sus descendientes después de ha-

berse dejado arrebatado la mayor parte de sus conquistas habían de llegar hasta el punto de atentar con mano airada á sus venerables creaciones?...

Adios para siempre, hermoso recuerdo de mejores dias, muy pronto dejarás de existir, y tus ramas singulares y tus envidiosos brazos se igualarán á los de la selvática encina. Adios para siempre... exclamaron por última vez, y poseidos de un sentimiento religioso y profundo, se arrancaron de aquella preciosa soledad, revolviéndole en su cabeza las graves reflexiones que le sujiriera el *Cedro de los Mártires*.

L. M. PASTOR.

SCHILLER.

Como poeta, como historiador, como filósofo, Schiller ha estado siempre al nivel de sus mas ilustres rivales en todos los jéneros en que se ha ejercitado su docta pluma. Le seguiremos en esta triple carrera que abrazó conducido únicamente por su jenio.

Tenía 25 años, cuando atormentado por la pasión de la Poesía compuso los *Raüber*, drama en que se disimulan todas las imperfecciones en gracia de la originalidad. No tardó en publicar *La Conjuracion de Fiesco*, que habia sido empezada durante la prision del autor en Stuttgart; y *El Amor y la Intriga*, comedia muy conocida, y justamente apreciada en nuestro teatro desde principios de este siglo. Estas tres obras, que ya revelaban un gran Maestro, colocaron á Schiller en la categoría de los primeros poetas dramáticos de Alemania. Pero hasta entónces, arrastrado por una imaginacion fogosa, y

(1) Es tradicion que este Cedro fué plantado por S. Juan de la Cruz.

(2) Por una que nosotros calificamos de mala inteligencia del decreto de ensajenacion de bienes nacionales se pidió la tasanacion de este árbol para aprovechar su madera. Creemos que se habia evitado semejante desacierto.

por cierta admiracion exajerada hacia Shakspeare, habia pensado mas en los efectos que en los medios. Sus caracteres eran mas poéticos que naturales: sus composiciones un catálogo de hechos, á veces extravagantes, sin buena relacion entre sí; algunas situaciones patéticas, bien tomadas

de la naturaleza, manifestaban, sin embargo, de cuando en cuando, el talento del autor. Acerca del estilo, si se notaba algunas veces en Schiller calor y uncion, resentíase otras de exaltacion y desigualdad. En fin, dió á luz su *D. Carlos*. El Poeta habia subordinado su imagina-



cion á su juicio: se habia propuesto ya no traspasar ciertos limites: habia tenido bastante valor para decir á su genio, como Dios á la mar: *no irás mas lejos*. Schiller comprendía ya mejor á Shakspeare, y se preparaba á ser émulo digno de aquel grande hombre, sin dejar de ser Schiller. Plan, situaciones, caracteres, diá-

logo, todo en esta tragedia es de mano maestra. Qué escenas! Qué pensamientos! Qué lenguaje! Felipe II, la Reina, el Duque de Alba, el Principe, están retratados con una nobleza, con un vigor, con una verdad que comunican á todo el drama inexplicable interes.

Y *Maria Stuart*! Ha tenido jamas el

remordimiento un idioma mas interesante? Cuanto se compadece á aquella reina infeliz! Pero Schiller habia alivinado en el humano corazon una nueva cuerda, y quiso hacerla vibrar en *Wallenstein*. En este drama todo convence, todo transporta. Cada paso de *Wallenstein* le conduce á un precipicio: el espectador tiembla por él, y le llora en su desgracia como al amigo con quien le une la mas tierna intimidad. *Guiljelmo Tell*, drama histórico del corte de los de Shakspeare, recuerda el jenio y las glorias del gran poeta ingles, conquistando nuevos laureles para el alemán. *La Doncella de Orleans* y *La Novia de Messina* pusieron el sello á la celebridad de Schiller.

Los literatos de todos los paises conocen las *Cartas filosóficas de Julio á Rafael*, la *Historia de la Independencia de los Países-bajos*, la de las *Revoluciones y Conjuraciones de la edad media y de los tiempos modernos*, la *Historia de la guerra de los treinta años*, *El Visionario*, *el Imperio de las sombras ó El idealismo y la realidad*, la *Eseña*, la *Carta sobre la educacion estética del hombre*, la *Disertacion sobre la Poesía sencilla y sentimental*, y otros muchos escritos de que la Alemania hace alarde glorioso.

Entre las muchas composiciones poéticas de Schiller hay una en que el autor quiso personificar la Poesía. Este pequeño poema, que consta de solo seis estrofas se titula *La jóven extranjera*.

Tambien se ve personificada la Poesía, pero bajo otras formas, en su Poema titulado *La distribucion de la tierra*. Tomadla, dice Júpiter á los hombres: tomadla, yo os la doy, pero á condicion de que os la distribuireis como hermanos. Inmediatamente se dispersan los hombres: jóvenes y ancianos, todos se ocupan de crear-se un porvenir. El noble se adjudica montes y castillos: el comerciante llena sus

almacenes: el labrador sus graneros: el rey manda cercar las ciudades, cortar los puentes y los caminos, y exclama "yo soy señor de la décima parte de todo." Luego que cada cual ha tomado lo que cree conveniente, llega el poeta, viniendo de regiones desconocidas á los demas mortales. Tambien él hubiera querido tener su parte en la distribución, pero es tarde: hasta los mas despreciables objetos tienen ya dueño. Desgraciado! dice: yo solo he sido olvidado entre todos mis semejantes! Con que ya no soy yo tu hijo predilecto, oh Júpiter! En fin, desesperado, corre á prosternarse ante el trono del Dios. — Donde estabas, le pregunta, mientras tus hermanos se partían el mundo? — Estaba en las mansiones celestiales, contesta el poeta: mis ojos te contemplaban: mis oidos, absortos, no se cansaban de escuchar tus divinos acentos. Y qué...? al aspecto de tu majestad y de tu gloria, podia yo distraer mi atencion para fijarla en las cosas de la tierra? — Qué hemos de hacer! prosigue Júpiter: ya no tiene remedio: la tierra no me pertenece: quedate conmigo en el cielo: esta será en adelante tu patria."

Hablemos ahora del hombre, ya que hemos hablado del escritor: su vida ofrece pormenores muy interesantes.

Schiller era de Wurtemberg, y, segun cierto proverbio alemán, los naturales de aquel pais necesitan tener cuarenta años de edad para pasar por entendidos. Puede decirse que en general, son sencillos y buenos; y añadiremos que, cuando emprenden alguna cosa, se debe esperar que llevarán perfectamente á cabo su empresa. Schiller lo atestigua.

En Stuttgart fué donde se dió á conocer, y allí se le ha erijido una estatua, dentro del parque de Herrengarden, casi bajo las ventanas del Rey.

Schiller no era agraciado: su largo tronco se apoyaba sobre endebles piernas, sus

lrazos eran tambien muy secos, y su cuello desmesuradamente largo. Cabello rojo, como asimismo las cejas: nariz muy aguilona: ojos grises, cuyos párpados se manifestaban irritados por el exceso del trabajo: el labio inferior un poco saliente, la barba prolongada, mejillas descarnadas, y color pálido. Tenía una voz áspera y desentonada, y muy pronunciado el acento de su país. De suerte que cuando leyó su *Fiesco* delante de los actores del teatro de Mannheim, no les pareció bien la obra, á pesar de que el autor fundaba en ella todas sus esperanzas de poeta. Los actores, como sucede con alguna frecuencia, se previnieron en contra del ingrato aspecto de Schiller, y su fatal prevención subió de punto cuando le oyéron hablar: concluyéndose que el drama era malo, y por tanto indigno del autor de los *Raüber*.

Aun tuvo Schiller que vencer otros obstáculos: sus maneras no eran finas: su modo de vestir adolecía de descuidada sencillez; pero el noble corazón que latía bajo aquel exterior grosero: el alma vigorosa que daba vida á aquel cuerpo débil no eran bien conocidos de la multitud.

Se dedicó en su juventud al estudio de la Medicina, abandonándolo para escribir su primer drama: desde que lo vió aplaudido, ya no creyó que hubiese ninguna profesion preferible á la de poeta dramático.

Schiller tuvo siempre delicada salud, y lo mucho que trabajó en Berlin para dirigir los ensayos de su *Guillermo Tell*, le alteró mas y mas, teniendo que retirarse á Weimar, enfermo de bastante peligro. Los cuidados que le prodigaron su esposa y sus amigos presajaban un pronto restablecimiento. Se mejoró en efecto, pero poco despues fué acometido de un tífus obstinado, y de él falleció en 9 de mayo de 1805. Tenía 45 años.

Estudios históricos sobre antigüedades de Madrid.

*SAN ISIDRO, LABRADOR.

Este Santo es el patron de la villa de Madrid: su memoria y su nombre se hallan reverenciados en nuestra capital desde tiempos muy remotos.

Escribiéron sobre su vida y milagros Basilio Santoro, en la *Ajiografía*: el maestro Alonso de Villegas, *Vida de S. Isidro Labrador*: el Doctor Villano, *Obras poéticas*: el P. Pedro Sanchez, de la Compañía de Jesus, *Del reino de Dios*: el P. Fray Jusu de Marieta, *Historia eclesiástica*: D. Sancho Dávila, obispo de Cartagena, *De la veneración de las reliquias*: el P. Gerónimo Roman de la Biguera, *Historia de la imperial ciudad de Toledo*: Ambrosio de Morales, *Corónica*: Lucio Marineo Siculo, *De rebus Hispania*: Lope de Vega Carpio, *Poema en alabanza de San Isidro*: Juan Lopez de Hoyos, *Exequias de la reina Doña Isabel de Valois*: Gonzalo Fernandez de Oviedo, *Quincuajenas*: Don Juan Hurtado de Mendoza, (manuscrito,) *Vida de S. Isidro*: el P. Fr. Juan Gutierrez, *Oficio de S. Isidro Labrador*: el Padre Fr. Francisco de Pereda, *La patrona de Madrid*: el P. Fr. Juan Ortiz Lucio, *Flos sanctorum*: D. Martin Carrillo, *Anales*. Gil Gonzalez Dávila, *Teatra de las grandezas de Madrid*: Gorónimo de Quiutana, *Historia de Madrid*: el P. Fr. Nicolas José de la Cruz, *Corona de Cortesanos*: el P. Fr. Jaime Bleda, *Vida de S. Isidro*: D. Juan de Vera Taxis y Villaroel, *Historia de la Virgen de la Almudena*; y otros que no tenemos presentes.

El tipo que sirvió para todas estas obras fué la vida del mismo Santo, ó por mejor decir, la Memoria que de él escribió ántes que todos Juan Diácono, arcipreste de S. Andrés segun unos, y de Santa María de la Almodena segun otros.

El Doctor Alonso de Villegas, citado por Bleda, opina que el manuscrito que se enseña de Juan Diácono es un traslado y no bien escrito, siendo posible dejasen de trasladar algunas cosas notables del Santo; como, por ejemplo, el año de su nacimiento, el de su muerte, su casamiento, el hijo que de él tuvo y que vivía cuando el Santo murió.

Nosotros no nos entrometeremos á disputar la antigüedad ni la originalidad de aquel documento que constantemente ha sido reverenciado; y del cual han hecho grande aprecio los Sres. Visitadores del arzobispado de Toledo en varias ocasiones, mandándolo inventariar entre las alhajas del culto. Creemos sí que en el caso de ser un traslado y no una obra autógrafa, se sacaría con arreglo al tenor de esta, sin omitir circunstancias de tanto bulto, que probablemente no escribió Juan Diácono por ignorarlas; y estas omisiones como asimismo la concision que reina en todo el manuscrito pueden mirarse, si se quiere, como otras tantas pruebas de la buena fé del historiador, que dijo lo que sabía, calló lo que ignoraba, y no quiso aventurar en su narracion cosas de cuya autenticidad no se hallaba tal vez satisfecho. Cuando Juan Diácono escribió la Vida de S. Isidro, tuvo sin duda inclinacion particular á este Santo, á interes en dar publicidad á sus cosas, ó lo hizo de orden de alguna persona constituida en autoridad para poder mandárselo: en cualquiera de los tres casos no se le obscurecería la importancia de ciertos pormenores de que no habló. El copiante pudo cambiar un nombre, poner una fecha por otra, y aun, si se

quiere, colar por descuido una circunstancia; pero tantas, y tantos descuidos en que se le supone haber incurrido, no es verosímil.

Hemos dicho que Juan Diácono ha servido de tipo á los demas autores. Efectivamente su obra es la mas auténtica, aunque no la mas dilatada.

Empieza diciendo que Isidro glorioso confesor de nuestro Señor Jesucristo, siendo un simple labrador era tenido por amigo de Dios y de los hombres; que ejercía su ardiente caridad con estos y con los animales. Prosigue manifestando como entró á servir á un caballero de Madrid, con el cual le desacreditaron, acusándole de que no trabajaba en la labranza todo el tiempo que debía; y que el amo fué á la heredad para cerciorarse, y halló en lugar de Isidro, su criado, dos varones que estaban arando con unos bueyes blancos, que creyó eran ángeles que ayudaban á Isidro en el trabajo, y suplían su falta el tiempo que aquel invertía en visitar las iglesias. Cuenta como Dios libró al jumento que el Santo tenía de los dientes del lobo que quiso despedazarlo. Refiere que la mujer del Santo halló comida en que socorrer á un pobre, en una olla vacía. Habla de otro caso en que tambien dió de comer á unos pobres milagrosamente; y en el número sexto dice que este excelente varon, de tan buenas costumbres, mereció alcanzar una buena muerte, que cayó enfermo, y conociendo que se le acercaba el último dia de su vida, recibió los santos Sacramentos, dispuso de sus bienes, hizo una exhortacion devota y saludable á los de su casa, animándolos á continuar en el servicio de Dios, birió su pecho muchas veces con devocion y lágrimas, juntó las manos, compuso su cuerpo, y entregó su alma al Criador.

Añade que fué sepultado en el cementerio de S. Andrés, donde permaneció por espacio de cuarenta años.

Al número séptimo manifiesta que transcurrida este tiempo apareció S. Isidro á un compadre suyo, y le ordenó dijese que mandaba Dios fuese trasladado su cuerpo de la sepultura en que estaba, y colocado dentro de la iglesia de S. Andres, lo cual rehusó hacer su compadre, cayendo enfermo en seguida y no habiendo sanado hasta el dia de la traslación. Que habiendo tenido igual visión cierta matrona honrada, la publicó, y comparada esta revelación con la vida del Santo, descubrieron su sepultura y hallaron entero y sano su cuerpo como tambien la mortaja, percibiéndose una fragancia como la del incienso. Dícese gracias al Todo-poderoso por el hallazgo de aquel tesoro, y fué colocado en la iglesia de S. Andres, junto á los santos Apóstoles, en una tumba con debida honra y decencia.

(*Se continuará.*)

TIPOS ORIJINALES DE MADRID.

EL CASERO antiguo.

Benévolo lector, cualquiera que seas, y mucho mas benévolo si perteneces al número de los que no leen de gorra, ántes bien pagan sus treinta y cuatro cuartos mensuales, plata ó cobre con exclusion de todo papel moneda, valor entendido con los editores de *El Panorama*; tres veces benévolo serás si desempeñando por tu cuenta, ó por la de otro, las altas funciones de Casero, te dignares pasar por alto este artículo de mala muerte, concebido en hora menguada por mi extravagancia, y escrito en hora con suplemento por mi pluma. Y, si curioso fueres, y te lo echares al colete, plázcate, oh lector, olvidarte, para mién-

tras te dure la vida, de una de dos cosas: ó del artículo en cuestion, ó del nombre que lleva al fin; porque, como gracias al atraso en que se encuentra la legislación europea en punto á buena división de la propiedad, no he tenido, ni tengo, ni probablemente tendré nunca una casa, he de verme siempre en la dura precision de cantar en corral ajeno. Así, pues, no quiero que me suceda llegar á tí algun dia en demanda de habitación, y que tú, remembrándote de que *in illo tempore* metí mi hoz en la mies caseril, me pidas dos fiadores en vez de uno, y veinte y cinco años de alquileres adelantados; lo cual, si bien no sería *estilo de corte*, calificarse pudiera de *estilo de Casero rencoroso*. Entónces, ya lo ves, no habrías remedio para mí sino el de elegir otro arbolito donde anidar; y, á estar todos los Caseros de Madrid en los mismos antecedentes y con tan benéficas y laudables disposiciones, preciso fuera ofrecer en el Diario de Avisos un buen hallazgo al que me presentase la tenaja del cónico, y, no pareciendo, dormir á la intemperie. Pero... yo desbarro! No había caído en la cuenta de que si todos los Caseros de la Corte leyesen el *Panorama*, tendríamos en breve sus redactores una insula, no que una casa, y podríamos echarla tambien de Caseros.

De todos modos, sufrás, oh lector, que no es mi propósito hacer el retrato de ninguno de los Caseros del dia. Hablo del antiguo Casero, de aquel que tantas veces y con tanto acierto ha sido estigmatizado por nuestro ingenioso y festivo Don Ramon de la Cruz; y considerando ya casi extinguida la raza, conservaré á la posteridad un ejemplar del individuo.

El Casero antiguo constituía en el cuadro del jénero humano civilizado, una especie cuyo destino era *cobrar y ser aborrecido*, y con alguna frecuencia, *ser aborrecido y no cobrar*. Terno y ambo!

Segun opinion de muchos autores que no respetan su memoria, se llamaba Cain, y tenia el carácter de Neron. Era una mezcla de hombre-fiera, ó de fiera-hombre, con capote en invierno, y con casaca redonda en verano: calzones cortos, por lo regular negros, y medias del mismo color, jeneralmente de estambre: solía llevar zapatos de cordovan ó de castor, por supuesto con tapas muy bajas, porque siempre fué enemigo de toda clase de tacones. Esta última circunstancia no era casual ni indiferente: las tacones son peligrosos para quien está en la obligacion de subir y bajar continuamente toda clase de escaleras, y el *Casero antiguo* subía y bajaba las de sus Casas para visitar (*hablemos con delicadeza*) á los inquilinos: subía y bajaba las de los fiadores de sus inquilinos: subía y bajaba las de los Alcaldes de barrio y las de las otras Autoridades, por razon de quimeras ó desavenencias ocurridas en su territorio (*el del Casero*) y para solicitar pago de atrasados maravedises: subía y bajaba las de los tenientes de Corredor en requerimientos de ejecuciones; por fin subía y bajaba las de las oficinas en que debía de pagar sus tributos, lo cual, ademas de ser esencialmente molesto, es accidentalmente muy mortificante, pues en esta patria, que como se ha dicho ya por algunó tiene tres pelos, hasta para pagar contribuciones hay que hacer autosalas.

El *Casero antiguo* era gruñon, hablaba por lo jeneral entre dientes, y si alguna vez abría bastante la boca para que su voz saliese con libertad, se notaba que la voz del *Casero*, mas bien que voz, era cierto ingrato sonido en cuyas articulaciones existía semejanza con el graznar de los grajos: sus modales debían de ser bruscos: estaba dispensado de tener buena crianza; su conversacion parecia pura prosa de Avellaneda en las ideas y en las fór-

mas: en su trato íntimo ocupaban el primer lugar los maestros de obras, el cerrajero, el vidriero y los alguaciles de villa y corte, á quienes solía tender la mano con cierta afectacion de desprendimiento y aun de jenerosidad, saludándoles con el nombre de *compadre* y á veces con el de *compañero*. El *Casero antiguo* se desayunaba pensando en los vencimientos de inquilinato: comía discutiendo sobre el perjuicio de los *huecos*: paseaba calculando de qué modo se desharia mas pronto de los inquilinos perreros: cenaba haciendo presupuestos, y justificando cuenta de blanqueos y retejos: se acostaba, y soñaba con el atasco del comun; y se levantaba discutiendo una queja para el visitador de policía urbana relativamente al pozo de aguas sucias que no se limpiaba, ó á la fuente que no corría, ó al vecino del principal que había sacado á la calle el cañon de la chimenea y le alumaba la fachada.

El *Casero antiguo* no era recibido en ninguna de sus posesiones como visita: reputábase su presencia como aparicion de un fantasma, y su salutacion como acento fatídico de alma en pena: las jentes maldecían y execraban la insinuacion del asunto de su llegada, como se maldice y se execra por cosechero de vino una granizada en setiembre: en el momento en que tocaba la puerta quedaban las familias resituidas á su estado normal, que no podia conservarse á la vista de tan aterrador vestigio. Apostrofábasele como á sombra enemiga y perseguidora, que se complacia en refinar los tormentos del inquilino, apareciendo y desapareciendo por periodos iguales, para chupar la arjentina sangre de los adultos, como chupan los vampiros la sangre humoral de los párvulos.

El *Casero antiguo* era una especie de autoridad extra-legal, pero acatada y respetada como se acatan y respetan los go-

biernos de hecho, porque existen. Los arcanos de la estadística de la población estaban á su alcance, mucho mejor que han podido estarlo despues al de los ajentes de la policia. Arrellanado en su sillón de baqueta, que le servia de trono, preguntaba al inquilino en ciérnes todo lo preguntable, *ainda mais*, buen número de impertinencias. Como se llama Usted? — Qué oficio á destino tiene Usted? — Es Usted casado? — Hay mucha familia? — La Señora será jóven aun? — El hijo mayor estará empleado también? — Ha pagado Usted corriente la casa que deja? — Tendrá Usted quien le fie? — Y como se llama el fiador? — Estas y otras muchas preguntas constituian el introito de cualquier pobrete en su primera presentacion ante el respetable Casero.

En el lenguaje familiar de aquellos tiempos habia cantidad de frases proverbiales á él dedicadas. Si en una corrida de toros se presentaba algun jijones de superiores cuernos, la regocijada concurrencia, inspirada como por magia, prorumpia en acento uniseno: excelentes para mi Casero! Cuando se queria echar á uno en cara su insensibilidad ó dureza moral, se le apellidaba entrañas de Casero. Al ponderar los defectos fisicos de un prójimo cualquiera, se decia: *es mas feo que mi Casero*; y aun por eso el ya citado D. Ramon de la Cruz escribió, no se en cual de sus picarescos sainetes

¡Que todos estos Caseros
tengan las caras tan feas!

La mayor parte de los naturalistas de la época colocaban en el catálogo de los cuerpos superlativamente duros el corazón de Casero; pretendiendo algunos haber sido esta la primera denominacion que se estableció y adoptó para la piedra de Calmenar: buen número de Teólogos mo-

ralistas calificaban la obstinacion del pecador en el pecado de *porfia de Casero*; y hubo un tiempo, en que padeciéndose cierto achaque contagioso cuyo principal sintoma consistia en tener durante el sueño intensas y sinjstras pesadillas, se hizo moda decir de los que se contagiaban: *ha soñado con el Casero!*

El Casero antiguo, si no ha muerto, que á punto fijo no lo sé, está para morir; y tengo por seguro que no ha legado sus ridiculeces al Casero actual. El refinamiento de nuestras costumbres, el matiz de elegancia que las caracteriza rechazan de la sociedad de hoy al orijinal que dejo descrito. Solo diré, pues, para concluir, que el Casero antiguo estuvo una vez muy de peligro de resultas de haber perdido en cierta quiebra seis ó siete años de alquileres por los cuales el quebrado le habia hecho fianza. Un Agonizante, voz de bajo fundamental, le asistia en los que segun opinion de los Doctores debian ser sus postrimeros instantes; y esforzándose á darle esperanzas de salvacion le decia: *hermano, confiad en la misericordia de Dios: la clemencia del Supremo Hacedor, siempre inagotable, es el mas seguro fiador.* Ah! replicó al punto el Casero antiguo, incorporándose con presteza, y como dando al traste con su peligrosa enfermedad; *por qué no he tenido ya ese mismo fiador en tiempo oportuno, y nos ahorraríamos ahora el cansarle para las consecuencias?* —

AZCONA.

RAMILLETE.

DESCUBRIMIENTO IMPORTANTÍSIMO. — Conocidos son los efectos de la cámara oscura y la limpieza con que los objetos exteriores se pintan en miniatura sobre el papel blanco dispuesto para recibir su fugitiva imájen. M. Daguerre, célebre autor del Diorama de

Paris, ha logrado, á fuerza de investigaciones químicas sobre las propiedades de la luz y de los colores, *fixar* casi instantaneamente esta imájen en el papel que la recibe, y que para este efecto se ha preparado químicamente. Ciertas sustancias, como el *cloruro de plata*, tienen la propiedad de mudar de color al simple contacto de la luz. Por una combinación de esta naturaleza ha conseguido M. Daguerre fijar, en *claro y oscuro*, la imájen reproducida por el mecanismo de la cámara oscura. En este singular grabado conservan las formas la más perfecta exactitud y quedan indicados los colores por los matices de las sombras y por una gradación insensible como en el *aguatinta*. Cualquiera vista, un paisaje, un retrato se trasladan en pocos minutos, sin auxilio de la mano del artista y con una verdad (exceptuando el colorido) á que no podría llegar el arte: este es el más perfecto de todos los dibujos.

Hace algunos años que M. Daguerre está trabajando sin haber hallado hasta ahora un medio para fijar indeleblemente este milagroso sello; pues la acción del aire lo borraba po-

co á poco: pero sus combinaciones químicas, cuyos resultados son á la verdad sorprendentes, han puesto en su mano la facultad de hacer duradera esta imájen, efímera anteriormente.

Esta novedad lleva consigo una revolución en el arte del dibujo y en el del grabado; la naturaleza se reproducirá de hoy más por sí misma en un instante, sin intervención de la mano del hombre. Solo resta que la experiencia acredite la realidad de este milagroso descubrimiento.

— *Conservacion de paños y pieles.* — Las vestidos de lana, cuyo uso se suspende durante el verano, están espuestos á picarse de polilla. Para destruir este gusano, ó preservar de su voracidad las ropas guardadas, es necesario rociarlas ligeramente con semente de *ambarrilla*, ó bien introducir entre los dobles y pliegues de los vestidos esta sustancia, que además de acabar con las polillas tiene la ventaja de comunicar á la ropa un olor agradable y poco fuerte. Igual método ha de seguirse para las pieles.

ESTE PERIÓDICO SE PUBLICA TODOS LOS JUEVES.

Precio de suscripción. — 4 rs. mensuales, en Madrid, llevado á las casas. En las provincias, 18 por un trimestre, 34 por seis meses y 60 por un año, franco de porte.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en los puntos de suscripción en Madrid que son los siguientes: librería de *Chiesa*, frente á las Covachuelas; estamperia de *Fallo*, calle de Carretas; almacén de papel de *Bernardoz*, calle de la Concepción Gerónima.

Provincias. Alcoy, *Cabrera*, Aljevíras, *Grimaldi*, Alicante, *Carratalá*. Almería, *Santanaría*. Badajoz, *Fivda de Carrillo*. Barbastro, *Lujita*. Barcelona, *Piferrer*. Bilbao, *Delmas*. Burgos, *Arnóiz*. Cádiz, *Hortal*. Cartajena, *Benedicto*. Castellón de la Plana, *Gutiérrez Otero*. Coruña, *Berea*. Ferrol, *Tajonera*. Granada, *Bada*. Guadaluajara, *Ruiz*. Jena, *Orozca*. Jerez, *D. José Bueno*. León, *Parramio y Miñón*. Logroño, *Ruiz*. Lugo, *Pajol*. Málaga, *Curceres*. Mahón, *D. Juan Sijes y Faróer*. Orense, *Gomez Noron*. Oviedo, *Longoria*. Palma, *Guasp*. Pontevedra, *Sr. Administrador de Loterías*. Ronda, *Fernandez*. Salamanca, *Blanco*. Santander, *Riesgo*. Segovia, *D. Domingo Alejandro*. Santiago, *Rey Romero*. Sevilla, *Hidalgo* y *D. Luis de la Pila*. Tarragona y Reus, *D. Francisco Sánchez*. Valladolid, *Pastor*. Vitoria, *Ornilugue*. Zaragoza, *Lahoz*. Y en las Administraciones de Correos de Avila, Andújar, Arévalo, Barcelona, Buitrago, Cáceres, Ciudad-Real, Huelva, Lérida, Murcia, Palencia, Santander, San Sebastian, Sevilla, Valencia, Tarancon y Tuy.

Las reclamaciones y cartas se dirijirán, francas de porte, á la Redacción del Panorama, calle del Amor de Dios, número 5, cuarto principal, escalera de la derecha. Estará abierta desde las 4 de la tarde á las 8 de la noche.

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, número 7.